

**ÁLVARO CUNQUEIRO EN LAS  
PÁGINAS DE *DESTINO* (1961-  
-1976): ESTRATEGIAS A  
FAVOR DE UN IMAGINARIO  
IBÉRICO EN CASTELLANO (I)**

Juan M. Ribera Llopis

Universidad Complutense de Madrid

doi:10.17075/mucnoc.2014.025





1. No es excepcional entre los escritores en lenguas minorizadas el caso de firmas que han optado por el bilingüismo literario, compartiendo en su escritura su lengua de origen junto con la lengua de imposición. Tampoco el de aquellos que, llevados por coetáneas circunstancias de orden sociopolítico y cultural, han llegado a ello o han pasado temporalmente por esa práctica. Es este un asunto que cuenta ya con una profunda meditación teórica. Histórico-literariamente cabe hallar particulares espacios de realización según las tradiciones a las que nos acerquemos. En el caso de la connivencia creativa del vasco, del gallego o del catalán con el castellano no se ha dejado de apreciar el grado de naturalización o de conflicto con respecto al propio sistema literario que, según los casos, venía a suponer tal opción por parte de los escritores de uno u otro origen lingüístico. Pero no es esta la vertiente del asunto en que deseamos instalarnos, sino otra en la que, al menos temporalmente, vienen a coincidir las tradiciones literarias peninsulares minorizadas y, en una determinada cronología —como poco desde 1939 hasta finales de los años cincuenta e inicios de la década de los sesenta del novecientos—, sujetas a un grado de silenciamiento que proyectaría no pocas rémoras hasta el último tercio de esa centuria. De ahí que la práctica a la que vamos a aludir no se limitara a los años de más estricta prohibición del uso del vasco, del gallego y del catalán, y que su uso y función fundamentalmente por parte de las tradiciones románicas perdurara en el largo recorrido de salida de tal espectro. Ciertamente que esto último pudo quedar en manos de aquellas firmas que asumieran el bilingüismo literario como vehículo definitivo a favor de su expresión, mientras que otros signatarios hicieran uso de él sólo ante el uso prohibido de su idioma. En todo caso, nos estamos refiriendo a una estrategia determinada.

Se trataría —en tiempos de silenciamiento, mantenida tal estrategia o no en la progresión histórica posterior— de valerse del idioma oficializado para sobrevivir profesionalmente, es cierto, pero también para informar sobre la superviviente vida literaria en las lenguas prohibidas en los tiempos más difíciles y para, dando aquí y allá referentes de la cultura propia, lidiar contra el olvido que se propiciaba desde el sistema impuesto. Es el caso que, para el catalán, hemos investigado

personalmente en las colaboraciones en castellano de Joan Fuster (1922-1992), ya desde las tempranas páginas de *Verbo* a partir de 1947 y donde el ensayista valenciano, tratando asuntos literarios de amplio alcance o específicamente castellanos, cita y sitúa nombres que van de Ausias March a Jacint Verdaguer, llegando a D'Ors, Dalí o Pla entre otros muchos, con especial deferencia a Joan Maragall y sin desestimar noticias gallegas, portuguesas y vascas, dato que cobra especial interés para lo que aquí iremos urdiendo (Ribera 2005: 129).

A tales fines, podría añadirse que el escritor que optaba por semejante alternativa añadiera, hablando de la tradición que le era propia, un componente que venía de sus años de formación. Se trataría del que ahora le servía, doblemente, para informar de lo propio al tiempo que lo entroncaba con lo común y le hacía sentirse asimismo portavoz de las tradiciones hermanas. Yendo a las décadas de posguerra, estaríamos ante una reminiscencia de corte iberista que, lógico es, podía ser enarbolada por escritores surgidos en la preguerra. Aquellos a quienes aún alcanzara la ideología peninsularista que venía del ochocientos, anunciando una solución federalista a los males históricos de la península Ibérica, para asentarse, ya en sus años de aprendizaje, en una realidad de diálogo entre las culturas del territorio compartido y que, según en manos de quien, pudiera alcanzar el horizonte posbélico. Se trataría de contar con lo que Th. Harrington (2003: 167) aprecia como «pervivencia en plena posguerra de tropos culturales, redes personales y políticas editoriales» anteriores a la Guerra Civil, remitiendo concretamente al iberismo y a su función en los movimientos de reivindicación nacional en nuestro espectro. Ese es el fondo que late, desde Portugal, en la obra de Miguel Torga (1907-1995) (Navas Sánchez-Élez 2006, 2007, 2011b); el mismo que emana, desde geografía española, en el ensayismo en catalán y en castellano de Agustí Calvet, Gaziel (1887-1964) desde los años cincuenta, también en las crónicas viajeras de Josep Pla (1897-1981); el que cabe pulsar en la producción periodística de Álvaro Cunqueiro (1911-1981) desde *Faro de Vigo*, entre 1961 y 1981 y también desde *La Voz de Galicia*, entre otros rotativos del espacio gallego, y desde *Destino* (1961-1976) con el horizonte peninsular por delante, dada la difusión estatal del semanario fundacionalmente barcelonés. Ya sabemos que en los artículos de cada una de esas publicaciones aparecieron trabajos con contenidos o con simples referentes que remitían a las diversas tradiciones peninsulares. También conocemos cómo fueron a parar a *Destino* textos que tuvieron una

previa aparición galaica. Nos parece, no obstante, justificable ceñirnos a las coloraciones de Álvaro Cunqueiro en la publicación catalana de expresión castellana en la medida en que, desde sus páginas, la enciclopedia peninsular del autor no exenta de su connatural reelaboración vertía sobre el solar compartido información cultural pluridireccional al tiempo que abonaba, en un entramado común y contra el silenciamiento, la supervivencia de las *otras* voces hispanas favorable a una conjunción ibérica.

2. A propósito de *Destino* como vehículo de tal hipotética estrategia, rescatemos aquellos datos y rasgos de su propia historia y de su factura que nos permitan encajar entre sus páginas aquel conciliatorio discurso cultural, acogido por una publicación que transitó entre un período fundacional falangista (1937-1939) y un epílogo desnortado y seguramente desubicado en un espectro socio-cultural modificado (marzo-mayo de 1985). Por el contrario, de 1939 a 1980, *Destino* creció como semanario de información general, evolucionando gradualmente en sus planteamientos a partir de su conversión en empresa privada tras su refundación barcelonesa, tomando un tono de corte liberal y de incidencia pro-catalana y afianzándose en la calidad de sus firmas (Sánchez Aranda/ Barrera del Barrio 1992: 458-459). Contemplado todo ello en el espectro en que circulaban con éxito publicaciones como *Mundo*, *SP*, *La Actualidad Española*, *Gaceta Ilustrada* o *Blanco y Negro* y pasando a reordenarse con la llegada a la dirección de Néstor Luján (1922-2003) el año 1958 entre las apreciadas como «revistas combativas» —*Cuadernos para el Diálogo*, *Triunfo*, *Gaceta Universitaria*, *Cambio 16*— por sus postulados en política nacional, reivindicación catalana y religiosidad progresista (Sánchez Aranda/Barrera del Barrio 1992: 489), la monografía sobre *Destino* más exhaustiva, la compuesta por C. Geli y J. M. Huertas Clavería (1991), sigue los pasos de una publicación de derechas pero pronto antifalangista y con un creciente posicionamiento antifranquista desde los años sesenta, publicación que tempranamente contaría con colaboradores merecedores de desconfianza política por parte del poder central dada su independencia intelectual, que reclamaría entre otras cuestiones significativas la necesidad de informar sobre las letras catalanas y que iría transformándose en una revista liberal.

De la configuración histórica de *Destino* propiciada por C. Geli y J. M. Huertas Clavería y sobre el precedente perfil, nos interesa quedarnos con dos niveles de

tal conformación: el que nos asegura en la naturaleza de su receptor al mostrarnos la revista como «[...] casi imprescindible para una tipología ciudadana: gente culta, catalanista, de clase media o aposentada, que no disponía de los habituales *alimentos espirituales* de antes de la guerra» y según qué rector de la revista —Josep Vergés (1939-2001), en este caso— buscando agradar a «un tipo de público culto, sensato, poco amigo de comunistas y de anarquistas, pero tampoco del falangismo que había sido útil tan sólo para combatir a aquéllos. [...] gente, en definitiva, a quienes ya les parecía bien que colaborasen los Joan Oliver que habían regresado del exilio» (Geli/Huertas Clavería 1991: 67, 97); y, parejamente, aquel otro nivel que notifica como *Destino* no dejaría de buscar raíces en revistas catalanas del período de entreguerras como *D'ací i d'Allà* (1918-1936) y *Mirador* (1929-1937), «en las que habían bebido buena parte de los que iban a ser colaboradores» de la publicación de posguerra (Geli/Huertas Clavería 1991: 70-79). Deduzcamos, por tanto, el perfil de un lector propicio a la evolución interna española que, en buena parte, le propiciaban autores educados al amparo de publicaciones liberales de un tiempo anterior, acordes estas últimas con criterios marcados por señas de coetánea modernidad y en absoluto ajenas a la confrontación y al diálogo culturalmente vividos en un ciclo histórico con el que gradualmente habría que volver a conectar.

En esa red de continuidad histórica y de creciente proyección cabían nombres de variado posicionamiento e independientes en sí mismos como Josep Pla, disidente de casi todo más allá de su obra y de su propio Ampurdán, colaborador a cuyo fichaje cabe dedicar un apartado específico además de evidenciar su presencia a lo largo de todo el recorrido por la historia de *Destino* (Geli/Huertas Clavería 1991: 40-44, v. tb. por ej. 103-106 109, 137, 176-179). Y en lo variado de esa plantilla cabe encontrar a otro independiente, curiosamente un Álvaro Cunqueiro a favor del cual se celebra la amistad con Pla junto con la coincidencia ideológica y entre cuyos extremos creativos cabe la mutua mirada (Martínez-Gil 2003: 198-200); pero un Cunqueiro que, además, puede ser señalado, por ejemplo, entre otros treinta y dos colaboradores —desde el añejo colaborador Xavier Monsalvatge (1912-2002) a Terenci Moix (1942-2003) entre los nuevos— que dejaron *Destino* en solidaridad con Néstor Luján y ante la defenestración de que sería objeto en 1975 (Geli/Huertas Clavería 1991: 156-159).

De tales trazos, deducimos una revista propicia a una polifonía variadamente progresista y acogedora de universos literarios autónomos por mucho que fueran variopintos y hasta disidentes. Apreciamos una convergencia de naturaleza humanista, en la línea de lo que en ocasiones hemos encontrado definido como *humanismo político*. De todo aquello, debe haber en los más de dos mil artículos que publicaría Pla desde 1940 (Geli/Huertas Clavería 1991: 41) y de todo ello hay en la participación de Cunqueiro, incluida la naturalidad con que hablaría de las *otras* culturas hispanas en un tiempo en que esto sólo se iría haciendo gradualmente. Hoy podemos acceder a ese capítulo de su obra periodística merced a las ediciones recopilatorias de la misma (Cunqueiro 1969, 1970 a y b, 1988, 1991 [1981], 2001, 2007). Nosotros lo haremos en la búsqueda de aquel noticiero que concierne a la pluralidad peninsular, ciñéndonos a las llamadas gallega, portuguesa y catalana, facilitando mediante el mutuo conocimiento la pervivencia evolucionada de un imaginario peninsular —ibérico si afinamos diacrónicamente en lo de iberista y pensamos en la reconducción hispana del antiguo proyecto, ahora desde un hispanismo conservadoramente legitimado por autores como Gaziel, Pla o Cunqueiro (Martínez-Gil 2003: 192-199)—, transmitido mediante la lengua tenida por común y que coetáneamente vehiculaba el discurso oficial contrario. De esos tres pasos en nuestra revisión, el más complejo es el tercero, el que atiende a la presencia del componente gallego en las páginas castellanas de Cunqueiro, dado que, a favor de la configuración galaica que el autor desea construir, casi podría decirse que operan todos y cada uno de sus textos (C. Mejía Ruiz); el segundo, el que recupera las llamadas lusitanas, por su parte, nos parece el menos indagado hasta el presente (M<sup>a</sup> V. Navas Sánchez-Élez); mientras, por el contrario, el que dirige su atención a la identidad cultural catalana cuenta con un sistematizado material de apoyo, elemento que facilita su comprensión junto con la propia retórica de los textos que lo evidencian, pues, escritos en buena medida desde la propia experiencia catalana de su autor, sus noticias afloran fluidamente, entre las más diversas cuestiones tratadas, abordando en concreto materia catalana únicamente en puntuales ocasiones (J. M. Ribera Llopis). Sólo nos cabe añadir que cada uno de los responsables indicados para cada una de las respectivas revisiones hemos podido optar por criterios metodológicos distintos, considerándolos en cada caso como el más oportuno según el material recuperado y acorde con la lectura por la que hayamos podido decidirnos.

3. Dicho lo anterior respecto de la información concerniente a la cultura catalana y comenzando por aquí nuestro recorrido, contamos incluso con una cabecera a favor de lo que para Álvaro Cunqueiro supuso su contacto y hasta naturalización con y en el espectro catalán desde los años treinta del novecientos, aquella esfera que, desde *La Voz de Galicia*, en 1952, y desde el *Faro de Vigo*, en 1971, él dibujó como la de «Las amistades catalanas» y a la que siempre cabrá acercarse desde la formulación biográfica del autor (Armesto Faginas 1987 y 1991). Además y a favor de nuestros afanes a propósito de las relaciones literarias peninsulares, hace tiempo que páginas de X. Alonso Montero (1993) y del profesor y maestro junto con G. Avenzoza (1998) nos permitieron situar la presencia y la participación del escritor de Mondoñedo en el mapa que nos íbamos propiciando del reencuentro contemporáneo galaico-catalán con aportaciones personales desde 1982; y el volumen coordinado por J. Cerdà, V. Martínez-Gil y R. R. Vega (2003) más recientemente nos añadió datos y estableció convergencias entre aquellos otros de los que ya disponíamos, ahora mediante participación cunqueiriana. Disponemos así de una rigurosa historiografía y crítica de los orígenes personales —físicos y escriturales— de la relación entre Cunqueiro y la cultura catalana —primeros viajes, contactos, amistades, poemas en catalán, incluso fabulaciones infantiles previas a todo ello—, de sus conocimientos y temprana transmisión de la literatura catalana, de sus relaciones personales a caballo de la guerra civil y del contacto con la redacción burgalesa y finalmente barcelonesa de *Destino* y de su entrada como colaborador en la revista (Armesto Faginas 2003: 38; Balaguer 2003: 74-75; González Gómez 2003: 134-135). Por tal vía, podemos llegar magníficamente informados a la entendida como «segunda etapa catalana de Cunqueiro» (Armesto Faginas 2003: 39), a partir de los años cincuenta, y a los estrechos lazos con Perucho, Luján, Teixidor y otros tantos; a las estancias en Barcelona y a la querencia por su modelo de ciudad y por sus protagonistas y eventos culturales; a los referentes catalanes en su producción literaria y a sus traducciones de poesía catalana; a la proyección crítica y editorial de la obra propia desde la capital catalana hasta el punto de hacernos apreciar «un escritor peninsular» allí configurado y proyectado sobre «un públic hispànic» que pudiera acercarnos a discernir el funcionamiento de los sistemas literarios gallego, español-castellano y catalán en un hipotético sistema literario hispánico (Balaguer 2003: 82-84). También estamos informados sobre la opinión



de según qué receptores catalanes de la obra de Cunqueiro, cuando ya no sólo se cuenta con la amistad y la devoción (Martínez-Gil 2003: 202-206; Vega 2003: 234-245). Buena parte de todo ese entramado aflora en los artículos de *Destino* y a su favor nos sirve como proto-texto toda aquella información, como red de fondo para unos contenidos a los que pensamos que, proyectados periodísticamente desde este medio en concreto, se les añade aquella estrategia presentada al principio de estas líneas. Antes de pasar a su revisión, nos quedaría añadir que nuestro inmediato vaciado y ordenación de los referentes catalanes nos recuerda al *rastreo catalán* llevado a cabo por J. Ventura (2003: 249-269), aunque nuestras premisas nos obligan a contar con un sólo género de textos y siempre pensando en que pudieran cumplir con la estratégica función defendida por nosotros.

4. Con tales premisas, abordamos el alcance que los referentes culturalmente catalanes puedan tener desde los artículos de Álvaro Cunqueiro en *Destino*, acerca de los que, de entrada, cabe apreciar su pan-catalanidad, permitiéndonos alcanzar parajes y noticias que discurren desde Cataluña a las Baleares y que desde València en alguna ocasión llegan hasta el Rosselló. Pueden ser referencias toponímicas, con Barcelona a la cabeza, pero también y, por ejemplo, Sant Cugat del Vallés, Mallorca, Montserrat, Tarragona, València, Sagunto, Sitges, Dènia, Vich (Cunqueiro 2007: 109, 126, 306-308, 367, 382, 392, 427, 447, 476, 524, 527, 546, 585); o Girona (Cunqueiro 1969: 138-140). En ocasiones, se trata de la nominación de un mero punto de destino o de su relación con un hecho de actualidad o del placer que el autor pueda allí hallar, facilitado por alguna de sus costumbres o de sus locales públicos. Pero en otras tantas, la mención conlleva una información de más alcance: el monasterio de la primera población citada pudiera ser sede del monje traductor de la primera versión hispana de *Decamerón*; si Mallorca aparece al narrar la anécdota de un vuelo, no deja de estar relacionada con la más rancia cultura gastronómica, por sus heladerías y sus ancestrales recetarios, o de dar cobijo a una dato surgido de «mis investigaciones imaginarias», ubicado en el esplendor del gótico mallorquín; Montserrat y Tarragona nos llevarán hasta Compostela, rememorando peregrinos y peregrinaciones catalanas; si València puede acoger una posible fabulación cunqueriana, no deja de ser considerada territorio lingüísticamente catalán; Sagunto, hermanado a Numancia, sirve al autor para una parodia del asociacionismo político; Sitges acoge el encuentro entre la Pardo

Bazán y Rusiñol y nos lleva al encuentro cultural hispano de principio de siglo; Dènia puede ser puntualmente la ciudad de una autoridad científica y Vich el origen de una especie de garañones que de allí pasaron a Galicia para llegar al mercado lusitano de Viana do Bolo; y Girona acoge la leyenda del fantasma del halcón de Ramon Berenguer II. Barcelona, por su parte, aparece como lugar de una frustración gastronómica, como origen de uno u otro personaje, como punto de retorno o de partida en relación con viajes propios o como mero destino de un producto alimenticio (Cunqueiro 1991: 234; 2007: 120, 212, 265, 290, 444). Pero la capital catalana, por ejemplo, fue destino para Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, con notificación en su *Corvacho* (Cunqueiro 2007: 230); y es la urbe relacionada con la más actualizada actividad editorial y en su prensa el autor ha podido escribir alguna de sus más celebradas sorpresas (Cunqueiro 2007: 87, 508). Cunqueiro remite, de este modo, no sólo al plano cívico que mejor conoce, sino a aquel al que debe buena parte de la configuración de su carrera literaria. En un artículo incluido en *El descanso del camellero* que no pasaría a *Destino*, volumen entre cuyas páginas aparecen otros tantos referentes catalanes parejos a los históricos y literarios señalados con anterioridad, Cunqueiro, partiendo de un estudio de Luis G. Manegat (1919-1980), celebra la tradición de las imprentas barcelonesas a partir del capítulo cervantino dedicado al recorrido del quijotesco hidalgo por la capital visitada (Cunqueiro 1970b: 75-77). No deja el escritor mindoniense de saberse, aunque privilegiado por haber resultado beneficiosamente acogido en aquel entorno, como otro gallego de entre tantos con instalación barcelonesa (Cunqueiro 2007: 114-115). Acogida beneficiosa que para él y para su obra lo es editorial —Taber, Tusquets o Destino— y críticamente cuando pensamos en las páginas de crítica literaria que con el tiempo se van apreciando como más tempranamente esclarecedoras de las claves literarias cunqueirianas, las firmadas por Pere Gimferrer (1945), aparecidas así mismo en *Destino*.

Álvaro Cunqueiro, de este modo, percibe una geografía histórica que en no pocas ocasiones lo hace remozar el tiempo de la Corona de Aragón y aún de la ligazón catalano-provenzal y de la expresión cultural trovadoresca que, a su vez, no es extraña a su propia tradición literaria. Dota a aquel espacio de unos orígenes propios sino diversos y de un tiempo fundacional sobre el que razonar la tan traída y llevada y hasta manipulada diferenciación catalana en el contexto español. Y en esa línea y aunque pueda ser de pasada, alude a las ancestrales tarascas catalanas

y provenzales puestas en relación con alguna tradición gallega, a San Jorge como patrón catalán o a figuras señeras de la historia de aquel reino como los Borgia o Pere IV lo Cerimoniós, destacado por su pasión por el lejano Partenón (Cunqueiro 2007: 217, 421, 434, 481, 516-517, 519). Se proyecta mediante tales signos una identidad nacional que pudiera tener su plasmación en el celebrado románico catalán, el de los claustros de Ripoll, de Santa Maria de Lluçà, de Santes Creus o de Sant Pau del Camp (Cunqueiro 2007: 40). Geografía histórica sometida a vicisitudes posteriores, habitada por una población dotada de una caracteriología que ha merecido todo tipo de formulaciones —tantas como las que rebate al leer sobre los tópicos a propósito de los gallegos— y que el autor, pensando en sus amigos catalanes y a contracorriente, aprecia como la de unos individuos «...en gran medida, unos románticos, que no se atreven a decírselo» (Cunqueiro 2007: 593). Por esta vía de lo histórico y de lo humano, puede plantear cuestiones que sólo sensibilidades parejas pudieran apreciar, lo que le permite emparentar a bretones, vascos, gallegos y catalanes ante cuestiones como el Estado y la enseñanza de la lengua propia en Francia y España; podrá ironizar sobre el enredo que surge a la hora de cristianar a un neófito con el nombre de Jorge-Jordi-Xurxo según el origen de cada uno de los familiares, y no evitará, en 1976, abordar cuestiones sobre la forja de «una plural España» donde quizás la cuestión fuera qué hacer con Castilla (Cunqueiro 2007: 544-545, 579-580, 595-596). Mientras tanto, rememorará como, en su infancia, de Cataluña siempre se traían novedades y, en el presente, es capaz de apreciar signos lingüísticos que abogan por una cierta naturaleza de las lenguas y los pueblos (Cunqueiro 2007: 368, 397).

En ese espectro, Álvaro Cunqueiro levanta presencias coetáneas concretas de catalanes a los que acude como autoridades del tema tratado o cómplices de la pasión personal abordada en su correspondiente artículo: Martí de Riquer (1914), romanista, el doctor psiquiatra Joan Obiols (1919-1980), muchas veces el ya citado Néstor Luján, periodista y gastrónomo, Eugeni D'Ors (1882-1954), pensador, Enrique Llovet (1918-2010), crítico teatral, en varias ocasiones y de acuerdo con lo comentado Josep Pla y en otras aún más pormenorizadas Joan Perucho (1920-2003), poeta y narrador, también Alfons Auer (1915-2005), profesor de ética, Josep Maria Espinàs (1927), escritor, periodista y músico, o Joan Coromines (1905-1997), etimólogo (Cunqueiro 2007: 46, 59, 93, 109, 124, 135, 199, 256, 266, 267, 288, 342, 358, 507, 523, 549, 552, 554, 584). A favor

de ese entramado de personalidades y pensando en nombres más anónimos, el autor tiene a bien recordar la antigua relación y presencia de los catalanes en y con Galicia, atendiendo a un estudio del Prof. Mejide Pardo que versa sobre la instalación catalana en Arousa de diversos linajes oriundos de diferentes topónimos del Principado, desde finales del siglo XVIII y dedicados a las más variadas actividades comerciales, y a los que presenta en una playa de Bueu (Pontevedra) «hablando entre ellos en su idioma, y los más tocados con barretina», ante los extrañados gallegos que «los titularon de *mouros*, de moros. Y todavía se llama así la playa, “praia de mouros”» (Cunqueiro 2007: 334-335).

Concretando sobre la tradición literaria que vertebra aquel espacio histórico y humano, y más acá de los mencionados trovadores o del Boccaccio catalán, Cunqueiro cita los títulos valencianos *Les trobes en Lahors de la Verge Maria* y *Tirant lo Blanc*, ya sea por haber recibido un facsímil del primero o por el erotismo del segundo, o incluso su poesía en catalán, sumada a aquella tradición de acogida, relacionada en este caso con aquellos catalanes que en el pasado se instalaron en Galicia, dejándose él llevar por la voz de Raimon (1940), entre las canciones propias y la musicación de los versos de Salvador Espriu (1913-1985) (Cunqueiro 2007: 127, 129, 551, 573-574).

Álvaro Cunqueiro insiste sobre aquellos autores con los que comparte experiencias en la vida literaria y entre los que cabe entender un debate creativo. Josep Pla —«a quien tanto admiro y leo», escribe Cunqueiro— no es sólo el interlocutor ya señalado; también es el personaje que ha sintonizado con el receptor gallego, quizás por encima de lo que debería suponerse a partir de la lectura de su obra (Cunqueiro 2007: 256, 267). El grado de complicidad que, entre esas relaciones amistoso-literarias, se evidencia en la proximidad con el escritor catalán en lengua castellana Néstor Luján encuentra su paralelo más preciso en la relación literaria y humana con Joan Perucho, entre los autores en lengua catalana: con él y por escrito, en estos artículos Cunqueiro evidencia como comparte con el catalán el gusto por la fabulación pseudo-erudita al remitir a su *Botànica oculta o el fals Paracels* y a *Les històries naturals* (Cunqueiro 2007: 199, 549, 584). En un artículo contenido en la recopilación *El envés* y que no había pasado a *Destino*, se celebra la llegada a Vigo del «erudito» y «uno de los primeros poetas catalanes de hoy» Joan Perucho; pero a propósito de Perucho, pronto se prefiere celebrar sus «libros en prosa, excepcionalmente originales en el mundo aburrido y supertécnico de la

literatura de última hora» y aún afinando que el «libro que yo prefiero es un libro de rara erudición, del que todavía no estoy persuadido que no sea el resultado de una profunda y extraña investigación histórica», pasando a explayarse —afirma hacerlo por segunda vez en sus páginas periodísticas— sobre la naturaleza vampírica, en un entorno histórico, del protagonista de *Les històries naturals*, dando su autor muestras de una capacidad para la fantasía y la zoología fantásticas que sorprendería al propio Borges (Cunqueiro 1969: 342-344). La convergencia literaria Cunqueiro & Perucho ya tratada en otras ocasiones nos lleva a una poética en la que el escritor gallego se ha afirmado en diferentes ocasiones. Así, en los prólogos de los volúmenes citados —*El envés* y *El descanso del camellero*—, Cunqueiro defiende su gusto por «partiendo de una punta de verdad, pegar el brinco imaginativo», así como por «la invención de erudiciones, sin temor a ningún bachiller Rhua que salga diciendo que no hay tal griego, que tampoco sabio chino dijo tal verso», siendo «fiel» a maestros como, de nuevo, Borges y, en sus «invenciones», dando «un rostro más complejo del mundo, y por ende más veraz» (Cunqueiro 1969: 7; 1970b: 7-8). Entre esas frases, cabe interlinear conversaciones imaginadas, pero para nosotros habidas entre aquel catalán y este gallego. Cabe escucharlos ironizar, por ejemplo, sobre realismo social y *nouveau roman*, teniendo presentes los juicios que, sobre lo uno o lo otro y por parte de Cunqueiro, hemos releído en nuestra reciente revisión de sus páginas periodísticas. Parejamente, cabe imaginar el intercambio verbal entre Pla y Cunqueiro en las visitas del mindoniense a la masía del ampurdanés. Todo ello nos devuelve a diversas esquinas de la trayectoria cunqueiriana a cuyo favor conocimientos y experiencias catalanas no resultaron ajenos. Pero podemos apreciar asimismo como su relato desde *Destino* facilitó la divulgación estatal de unos referentes culturales catalanes, sembrando el mapa peninsular de una enciclopedia de cómoda digestión ibérica.

